

Asombrados

Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen? Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea. (Marcos 1:27, 28)

Recientemente se reunieron más de dos mil personas, entre ministros y laicos, en Springfield, Missouri, para la Convocación de Oración anual de las Asambleas de Dios. Una vez más experimentamos la autoridad viviente de Jesús.

En una sesión matutina dedicada exclusivamente a la oración, se pidió por un joven pastor precursor que había pasado los doce días anteriores en estado de coma. Un virus le había atacado el cerebro, dejando una zona dañada del tamaño de una nuez. Aquella mañana, su padre me había enviado un correo electrónico para decirme que los médicos habían detectado un sangramiento en esa zona del cerebro. La situación de su hijo era crítica. Nadie sabía si sobreviviría, y si sobrevivía, si quedaría físicamente o mentalmente deteriorado.

Su esposa esperaba dar a luz a su primer hijo en unas pocas semanas, y él no tenía seguro médico.

Todos entramos en oración. Después de un momento de intercesión, un hombre se puso en pie y comenzó a gemir en voz alta. Al principio, aquello parecía algo inadecuado, pero mientras él clamaba a Dios desde lo más profundo de su ser, la congregación comenzó a llorar en intercesión. Entonces, el ruido de varios miles de santos en oración se hizo cada vez más fuerte. Yo sentí de inmediato en mi espíritu que algo había sucedido en los lugares celestiales. Se podía sentir en aquella sala: se había producido una sanidad.

Al cabo de unas horas, el padre me llamó y me dijo que el sangramiento había cesado. Seis días más tarde, aquel joven fundador de iglesias estaba sentado en su cama del hospital, usando su computadora. Dos semanas y cuatro días después que nosotros oramos, asistió al culto del Domingo de Resurrección en su pequeña iglesia en pleno crecimiento.

Uno de nuestros pastores estuvo presente en aquel mismo culto de la Convocación de Oración.

Sintió que el corazón se le calentaba como si le hubieran puesto un parche caliente, y supo que Dios lo estaba sanando. Una resonancia magnética nuclear de estrés que se le había tomado una semana antes, no había revelado actividad alguna en una parte de su corazón. Después de la Convocación de Oración, se le volvió a hacer el examen, y su corazón estaba completamente normal.

Reflexiono sobre estas sanidades, y después sobre la reacción de la gente que estaba en la sinagoga de Capernaum ante la liberación que Jesús hizo al endemoniado que estaba en medio de ellos.

Hay algunas cosas que sólo el Señor puede hacer. Es vital que nosotros, que somos su pueblo, lo reconozcamos.

Es muy fácil meterse en la rutina de asistir a un culto en la iglesia, o aun de tener nuestras devociones personales, pero si todo lo que hacemos es deslizarnos de un acto externo a otro, nunca llegaremos a asombrarnos. En cambio, cuando abrimos de par en par el corazón al ministerio de Jesús, suceden cosas maravillosas.

La reacción que se produjo en Capernaum fue una respuesta no sólo a lo que hizo Jesús, sino también a lo que dijo. Estaban asombrados ante sus enseñanzas. Ciertamente, Jesús nunca aburrió a la gente: hablaba con vitalidad, nunca predicaba sólo para dar información, y cuando hablaba, lo hacía para transformar los corazones.

Cuando las palabras y las obras se combinan para comunicar genuinamente el amor y el poder de Dios, siempre “la noticia se difundirá muy pronto por toda la región”. Si se da a conocer la realidad de la presencia del Señor en un lugar, cualquiera que éste sea —grande o pequeño, oculto o en un cruce de caminos—, las buenas nuevas serán dadas a conocer.

GEORGE O. WOOD es el superintendente general de las Asambleas de Dios. Visite [On Your Mark](http://OnYourMark.org), en tpe.ag.org, donde encontrará un enlace para los podcasts de video y de audio (en inglés) *On Your Mark*, con el Dr. George O. Wood.

Envíe sus comentarios a ep@ag.org.

Oración de respuesta

Señor Jesús, nunca permitas que te dé por seguro. Que nunca me deslice por tus palabras, como si fueran las de una persona común y corriente. Que siempre me sienta asombrado ante lo que dices y lo que haces. Permíteme ser un instrumento por medio del cual tú continúes tu ministerio en el mundo de hoy.

